

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

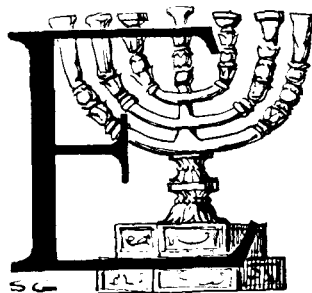
Año XXII - Núm. 418

BARCELONA

DICIEMBRE 1965

Depósito legal: B. 15860 · 1958

## LA SALVACIÓN VIENE DE LOS JUDÍOS



ESPIRITU y letra; espíritu y carne. Espíritu que vivifica frente a la letra que mata y a la carne que de nada aprovecha. Adoración en espíritu y en verdad, y no en el monte Garizim o en Jerusalén, conforme a la palabra de Jesús a la mujer samaritana, en Sicar, junto al pozo de Jacob, según narra el evangelista Juan.

Puesto que a la noche y a la sombra de lo vetusto sucedió la verdad y la luz de lo nuevo, se nos llama a novedad de vida, en la libertad con la que Cristo nos liberó. El cristiano sentirá el peso del

hombre viejo, pero el Evangelio le llama siempre a ser nueva criatura. La vuelta al Evangelio nos purifica de lo que hayamos recibido de herencia fariseica en las tradiciones humanas de nuestro cristianismo. Retorno a las fuentes equivale a renovación.

Pero entre estas corrientes de tradición humana, se nos viene también encima, con el peso imponente de lo que se presenta como surgido de fuentes evangélicas y apostólicas, la comprensión antitética de la economía de la Antigua y de la Nueva Alianza.

Judaico ha venido a ser el epíteto peyorativo por excelencia. Como actitud judaica se señalaría, con la supersticiosa e hipócrita confianza en lo aparente y externo, la politización «tradicional» de la idea de pueblo de Dios; la valoración de la familia cristiana, la conciencia de una elección providencial de las naciones, el recuerdo de una cristiandad sacral; la esperanza en la consumación y plenitud del reino social de Jesucristo. Judaico será en definitiva, el «triumfalismo», al que se acusará de exigir milagros y de escandalizarse ante la cruz.

La espiritualidad y «pureza» de esta actitud antijudaica se ha mostrado a lo largo de una historia ya secular con caracteres de ambigüedad e interna contradicción que revelan lo inauténtico de su pretendido origen neotestamentario. En nuestros días esta espiritualidad liberada de fariseísmo muestra su multifacética mundanidad al solidarizarse con los ideales y concepciones del mundo en que se expresa la soberbia autosuficiencia «gentil» de un humanismo antropocéntrico, o también, paradójicamente, con las que plasman en versión antiteísta las esperanzas del mesianismo terreno en que incidió el orgullo carnal del fariseísmo judaico.

Esta paradoja y ambigüedad late en el fondo del hecho, desconcertante, de que la reivindicación de los judíos frente al recelo tradicional ante el



LA SINAGOGA

pueblo «reprobado por su incredulidad», se muestre tantas veces en conexión interna con aquella hostilidad hacia el pueblo de la Antigua Alianza.

La vocación de Israel, del «Israel de la carne», y el entronque de la vocación cristiana con la providencia misericordiosa sobre el pueblo de los hijos de Jacob, constituye el tema central de la Teología de la Historia. El Vaticano II señala también en esto una dirección de retorno a las fuentes; su declaración sobre los judíos nos lleva hacia algunos de los textos en que el Apóstol de las gentes exhortaba a los cristianos de Roma —a la Iglesia que está en Babilonia, según expresó Pedro— a no gloriarse contra las ramas naturales del buen olivo.

Nuestra adoración en espíritu y en verdad conoce en Jesucristo al Dios que en Jerusalén adoraban los judíos. «Nosotros, dijo Jesús a la mujer samaritana, adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos».

No hay ante Dios acepción de personas, y ante la gracia que se nos da en Jesucristo no hay judío ni griego. La herencia de los hijos de Dios no se vincula a linaje carnal, ni tampoco está atada ni aún a la misma Ley que Dios quiso dar al pueblo que escogió.

La elección de los patriarcas, la promesa de bendecir en su descendencia a todas las naciones, el anuncio profético de los bienes mesiánicos, merecen por título único y divino, el título de religión abierta. No se deja Dios acortar su mano en su acción salvadora, ni admite que se le pida cuentas de su voluntad de regenerar a los gentiles en la filiación divina. La salvación viene de nuestro Dios; y la verán todas las naciones. De nuestro Dios, del Dios de Israel. La salvación viene de los judíos; no de la ciencia que los griegos buscaron, ni de la prudencia terrena de los hijos de Agar, ni de los príncipes de las naciones que dominan las fieras de la tierra, ni de los que saben de guerra o atesoran la plata y el oro en que confían los hombres.

Nuestro Dios descubrió sus caminos a su siervo Israel. El llama a las cosas que no son como si fueran, para confundir a las que son; el que humilla a los poderosos y ensalza a los pobres, manifestó la omnipotencia de su misericordia en su amor hacia el pueblo «más pequeño de la tierra» (Deuter VII, 7).

La salvación viene de los judíos. Yahwe es la gloria de Israel, del pueblo de los pobres de Dios, liberado de la tentación del sabio de gloriarse en su sabiduría, o el rico en su riqueza, o del poderoso de gloriarse en su poder. Bienaventurado el pueblo que tiene a su Dios como Señor, el que el Señor escogió como su herencia propia.

\* \* \*

La ciega soberbia del humanismo «gentil», en su desprecio hacia Dios y hacia los hombres, acusará al mensaje evangélico de las Bienaventuranzas; al suplicante y confiado himno de los salmos y de los profetas al Dios que juzga en justicia a los pobres y arguye con equidad en pro de los mansos de la tierra; al cántico de gratitud por haber derribado de su solio a los poderosos y dejado exhaustos a los ricos, como refinada floración del resentimiento judío; como la impotente envidia del pueblo pequeño y pobre frente a la grandeza de la cultura y el poder de las naciones.

Este humanismo «gentil», en diversas formas y pretextos, interpretará la religión como la protesta sublimada de los ineptos y de los ignorantes. Y de poco servirían las más persuasivas palabras de humana sabiduría para esclarecer ante su ciega mirada el misterio del hombre. No podrá conocerlo a la luz de Dios, precisamente porque quien no conoce al hombre es también incapaz de llegar a conocer a Dios.

La ciega soberbia de un humanismo farisaico pretenderá gloriarse en su propia justicia ante los hombres y aun ante Dios. Olvidando la exhortación del Profeta: «No desprecies jamás al que es tu carne» afectará hipócritamente desdén hacia el orden natural de los bienes humanos, y ambicionando el poder y la riqueza despreciará sinceramente al pueblo sencillo y pobre de los hijos de Israel.



LA GENTILIDAD

La hipocresía farisaica se fusiona sutilmente con el orgullo del humanismo gentil en actitudes y estilos mentales siempre inclinados a denunciar el peso de la carne y la inautenticidad externa y legalista en todo lo que en las tradiciones eclesiásticas, o en las costumbres e instituciones de los pueblos cristianos, representa una integración ya ganada de elementos naturales subordinados al imperio de lo teologal, o lo que es equivalente, subordinados psicológica y sociológicamente a una teocracia o gobierno de Dios sobre la sociedad en su devenir histórico.

Actitudes así se expresan en una compleja diversidad de direcciones. Podríamos ejemplificarlas diciendo que casi la totalidad de las tendencias contra las que se enfrentan las reglas que «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener» formula San Ignacio pueden ser así calificadas. A través de una vigencia secular que pasa por la línea del jansenismo son hoy todavía, y tal vez más que nunca, bien palpables entre nosotros.

En el campo de la ciencia teológica se denunciará como enseñanza humana, que deforma u oculta el mensaje revelado no sólo la escolástica tradicional sino incluso la catequesis y la terminología de los símbolos y definiciones dogmáticas, ya establecidas oficialmente por la Iglesia jerárquica.

En el ámbito social y político el milenarismo empeño de la Iglesia de mantener la presencia pública de la verdad de Cristo entre las naciones, en beneficio, según ha notado recientemente Daniélou, del pueblo pobre de los hijos de Dios, es presentada como mundanización del mensaje evangélico y anquilosamiento farisaico.

La insinceridad radical del conjunto de posiciones, entre sí implicadas y conexas, cuyo sentido hemos tratado de sugerir, se revela en la contradicción y paradoja con que pretenden suplantar las «tradiciones humanas» que recusar como farisaicas y deformadoras de la vida cristiana. A las «supersticiones» del rezo del rosario en familia, del canto litúrgico, o del gesto consuetudinario de recibir los fieles la comunión de rodillas, substituyen, al margen o aun en contra de los mandamientos jerárquicos, un nuevo entusiasmo ritualista que separa y destaca nuevos grupos de definida fisonomía que aspiran a dominar al pueblo fiel.

Al «contagio metafísico» de que acusan a los símbolos y fórmulas dogmáticas, se substituyen especulaciones teológicas, en las que se carga el acento sobre nuevos términos y conceptos de bien concreta originación filosófica, y cuya fecundidad pastoral parece lejos de ser comprobada en el grado en que lo ha sido el común lenguaje con el que la Iglesia viene hablando de la consubstancialidad del Verbo, de la unión hipostática o de la transubstanciación eucarística.

A la «mundanización» del reino de Dios que se denuncia en lo que se ha venido a llamar, inadecuadamente, la «era constantiniana» se substituye, incluso a pretexto de «despolitización» del cristianismo, una acción temporal que tiende a confundir el advenimiento del reino con el progreso revolucionario y con la misma desacralización de las estructuras sociales.

\* \* \*

En la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno se recuerda que la economía de la salvación, conforme al plan divino de asunción e integración de los valores terrenos y humanos, llama al hombre en la dimensión social e histórica inherente a su naturaleza. En esta perspectiva el humanismo teocéntrico es consecuencia exigida desde lo más esencial del misterio cristiano.

Pero lo más humano no es, ni aun en un plano natural, lo grandioso ni lo potente. Desde la finitud humana la semejanza de Dios, la perfección «como nuestro Padre que está en los cielos», a que el don de Dios nos invita, se deficulta y complica a través de los laboriosos esfuerzos de la fisología y de la ciencia, del poder político y de la técnica. El humanismo cristiano lo incorpora todo y de todo se sirve. Todo es salvado e incluso es apto para constituirse



LA FÉ

en instrumento de la salvación. «Todas las cosas son vuestras y vosotros sois de Cristo».

Pero la bendición para todas las naciones fue dada al mundo por la promesa y la gratuita elección por la que el mismo Dios constituyó en instrumento de su encuentro salvífico con la humanidad, con la tradición de un pueblo, los valores y dimensiones humanas de lo sencillo y pobre, lo familiar y pequeño. Los griegos son llamados en Cristo, y las naciones ven la salvación que viene de Dios. La salvación viene de los judíos. Acordándose de su misericordia acogió a Israel su siervo; derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y dejó exhaustos a los ricos. He aquí la continuidad y armonía entre los dos Testamentos: está expresada en el cántico de María y en el Sermón de la Montaña.

Francisco CANALS VIDAL

## SAN PABLO, Profeta

"TODO ISRAEL SERA SALVO"



Es sabido que, si bien, en su mayoría, las profecías del Antiguo Testamento se refieren al Mesías prometido y tienen el doble objeto de preparar su advenimiento entre el pueblo judío y demostrar luego ante éste que el advenido es el verdadero Hijo

de Dios, hay también no pocos textos que, de una manera ya final, ya accesoria, permitieron a los judíos la previsión de acontecimientos de carácter temporal que influyeron de una manera decisiva en su historia y en la del género humano en general, a pesar de que estos acontecimientos no pueden considerarse directamente relacionados con la altísima misión a que estaba predestinado el pueblo escogido por el Señor.

De esta clase de profecías, de importancia secundaria, nos es dable adivinar que no sólo fueron útiles para situar cronológicamente los acontecimientos trascendentales, sino que, por una parte, su cumplimiento constituía una demostración viva de que el Espíritu de Dios había inspirado a sus autores, y serían, en el orden natural, un estímulo para que, de generación en generación, se conservasen escrupulosamente las Letras Sagradas; y, por otra parte, conociendo anticipadamente estos acontecimientos, el pueblo judío pudo, sin duda, conducir de acuerdo con ellos su política particular y quedar mejor librado de los azares de los siglos.

Es de todos conocido, también, que en el Nuevo Testamento hay multitud de pasajes de naturaleza profética, y a la mente del lector acudirán inmediatamente muchos versículos de los Santos Evangelios y del Apocalipsis que se refieren a la destrucción de Jerusalén, a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo y a las postrimerías de cada hombre y de nuestro linaje hu-

mano. Ahora bien: cabe la pregunta: ¿se encuentran también en el Nuevo Testamento profecías relativas a acontecimientos de carácter temporal cuyo cumplimiento no se haya verificado todavía? La finalidad del presente trabajo es afirmar la posibilidad en cuestión, demostrando prácticamente que existe, por lo menos, una profecía de dicha naturaleza.

\* \* \*

Probablemente, en la primavera del año 57, San Pablo se encontraba en Corinto; huido de Efeso, a consecuencia del motín que, de una manera tan humana, nos describe la pluma maestra de San Lucas (Act. XIX, 23 y ss.), pasó a Macedonia; y la grave situación por la que, según las noticias de Tito, atravesaba todavía la Iglesia de Corinto, que él, a costa de tantos sudores, había fundado hacia el año 52, le movió a escribir a los fieles corintios una tercera carta (desgraciadamente, no conservamos más que la segunda de las dos anteriormente escritas desde Efeso), en la que prepara la segunda y breve visita del Apóstol a los fieles de Acaya; y es en Corinto donde le encontramos a principios de dicho año 57, no sólo preocupado por la dañina simiente allí esparcida por los fasos apóstoles, sino también por la suerte indecisa del Cristianismo en una ciudad lejana, en la capital de la gentilidad, que él mismo, al final, y como resumen de su vida, evangelizará de palabra en medio de grandes tribulaciones.

Como había ya ocurrido en otras ocasiones y en otros países, y de la misma manera que muchas veces, en muchas naciones, había de suceder después, el año 49 se publicó un decreto del emperador Claudio expulsando de Roma a los judíos, que debió afectar, sin duda, a muchos hebreos convertidos a la fe; y, por esta razón, la Iglesia de Roma, entre el citado año 49 y el 54, en que murió Claudio, estaría compuesta casi exclusivamente por cristianos venidos de la gentilidad.

Después de la muerte de Claudio, volverían a Roma muchos de los judío-cristianos desterrados cinco años antes, pero los «prosélitos» predominaban ya de tal manera, que la superior cultura religiosa de los judíos y su abolengo de más elevada jerarquía, no impresionarían a los gentiles como en las Iglesias situadas a las orillas de los mares Egeo, Licio y Fenicio; esta anécdota explica que, precisamente en el seno de la Iglesia de Roma y no en las otras, pudiese temerse una revivificación de las rencillas que unos siete años antes había resuelto, con su suprema autoridad, el Concilio de Jerusalén, al definir que no podía exigirse de los gentiles que se circuncidasen; pero, esta vez, el cisma entre judíos y gentiles no se referiría a la simple práctica de unos preceptos, sino que plantearía un problema más profundo: el de la heterogeneidad y homogeneidad (ambas esenciales) de la Iglesia; un problema que planteaban los judíos, que eran el pueblo elegido del Señor, junto con la doctrina de que todas las almas tenían derecho a la misma fe, a la misma participación de los méritos de Jesucristo, y de que todas ellas podían aspirar a la misma vida eterna; un problema que planteaban los gentiles llegados al buen redil, muchas veces arrastrando graves peligros, embelleciéndose con brillantes actos de desprendimiento y premiados por carismas prodigiosos, frente a unos seres arrogantes, cuyo pueblo había sacrificado al mismo Hijo de Dios.

Podemos comprender que estas antinomias, dentro del marco de una serie interminable de discusiones teóricas y de diferencias personales, hubiesen podido amenazar la existencia misma de la Iglesia de Roma; había, pues, el peligro de que en la Sede de Pedro y en la capital del Imperio, la Iglesia desapareciera y que el cristianismo quedase reducido a ser una secta judaica extendida sólo en la mitad oriental del Imperio. Hoy vemos que aquella circunstancia fue providencial, pero, humanamente considerada, el año 57 debía verse grave; San Pablo así la vio: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mat. XXVIII, 19). Este mandato estuvo siempre vivo en el espíritu del Apóstol, y no cabe la menor duda de que hubiese volado de buen grado a Roma, para derramar allá el torrente impetuoso de su predicación; pero hasta aquella fecha, siempre que se había propuesto ir a Roma «le había salido al paso algún obstáculo» (Cfr. Rom. I, 9-13).

Esta vez, el obstáculo fue el tener que remitir a la Iglesia de Jerusalén las limosnas recogidas en varias Iglesias de Macedonia y de Acaya, principalmente en la de Tesalónica (Rom. XV, 25 y ss.), y, no pudiendo dilatar más la exposición de su doctrina, escribe a los fieles de la Iglesia de Roma (probablemente desde Corinto a principios del 57) la luminosa epístola que constituye uno de los mayores monumentos de nuestra Teología. El «Evangelio» de San Pablo, que resuelve todos los problemas, es la salvación de todos (judíos y gentiles), que Dios nos ofrece gratuitamente por medio de la fe en la virtud de la Sangre Redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Este Evangelio es una fuerza de Dios hecha para dar salud y que se pone a disposición de todo el que cree, tanto si es judío como gentil (Cfr. Rom. I, 16).

Situándose en una excelente plataforma polémica, afea San Pablo, con vehemencia, tanto a los gentiles como a los judíos, sus vicios y pecados, y concluye que unos y otros han desaprovechado los medios que a su alcance tenían para obrar bien, a saber, la razón natural y la Ley de Moisés; la justicia de Dios es esta: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obra el mal, así judío, primeramente, como gentil; gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil: que no hay aceptación de personas para Dios» (Rom. II, 9-11).

En estos *primeramente* se encierra gran parte del secreto de San Pablo, ya que, además de en los dos lugares citados lo encontramos también en I, 16; en el plan de Dios todos tenían el mismo acceso a la justificación, por la fe graciosamente ofrecida; pero cabe creer que los judíos hubiesen ocupado un lugar más eminente en el orden temporal y jerárquico, acaso algo análogo al papel que en la Iglesia desempeña hoy día Italia, pues no en balde era el hebreo el pueblo elegido.

Véase, si no, el paralelismo que existe entre III, 1 y 2, y III, 9; en la primera cita se afirma que la ventaja del judío es mucha, pues les fueron confiados los oráculos, y establece la inmutabilidad de las promesas de Dios, preguntando: «¿Por ventura su infidelidad anulará la fideidad de Dios?» (Rom. II, 3 cfr. XI, 29); en la segunda cita se afirma que el judío no tiene ventaja puesto que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado: «Todos pecaron, y se hallan privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que se da en Cristo Jesús: al cual propuso Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia, a causa de la tolerancia de los pecados pasados.» (III, 23 a 25).

Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los profetas, sino a darles cumplimiento (Mat. V, 17); los judíos son la sal del mundo, «pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mat. V, 13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que San Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act. XII, 17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mat. XXVII, 25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la epístola a los romanos, San Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario, vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristiandad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como

israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: «Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatema yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes desciende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios...» (IX, 1 a 6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.»

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos IX y X, que la razón de la repobación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo XI, San Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rom. XI, 1 al 12), ni absoluta (Rom. XI, 13 al 24), ni perpetua (Rom. XI, 25, 36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que

«<sup>17</sup> Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, <sup>18</sup> no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostiene a la raíz, sino la raíz a ti. <sup>19</sup> Dirás, pues: "Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado". <sup>20</sup> Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por a fe te mantienes: pero no seas altanero, antes bien, teme. <sup>21</sup> Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone.»

«<sup>22</sup> Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado.»

«<sup>23</sup> Y ellos también, si no persistiesen en la

*incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertados. <sup>24</sup> Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?»*

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

*<sup>25</sup> Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las naciones haya entrado. <sup>26</sup> Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:*

*Vendrá de Sion el Libertador, apartará de Jacob las impiedades (Is. LIX, 20). <sup>27</sup> Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados. (Jer. XXXI, 33 y 34)*

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exégetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que San Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo LIX de Isaías, escribiendo rotundamente: Y ASÍ TODO ISRAEL SERA SALVO.

\* \* \*

Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella, se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son todavía *amados por Dios en atención a sus padres* (Rom. XI, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más transcendental que esta conversión que profetiza San Pablo?

\* \* \*

Con esto creemos haber probado la tesis que nos habíamos propuesto y a la cual, de intento, nos hemos circunscrito, huyendo del peligro que el estilo jugoso y rico en conceptos de San Pablo, representa para el que no puede hacer más que repetir a su torpe manera algo de lo mucho que quien lo sabía le enseñó.

FRAXINUS EXCELSIOR

CRISTIANDAD núm. 5, pág. 110, año 1944.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION. Enero 1966

GENERAL:

Que todos los cristianos, obedeciendo cada vez más fielmente a la voluntad de Dios, se dediquen generosamente a perfeccionar la unidad católica.

MISIONAL:

Algunos problemas referentes a la caridad en las misiones.

# La Religión Judía

(Declaración «NOSTRA AETATE» sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas)

**A**

L investigar el misterio de la Iglesia este sagrado Concilio recuerda los vínculos con que el pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la raza de Abraham.

Pues la Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en

Moisés y los profetas, conforme al misterio salvífico de Dios. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe (1), están incluidos en la vocación del mismo patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de la esclavitud. Por lo cual, la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo, con quien Dios, por su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza, ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles (2). Cree, pues, la Iglesia que Cristo, nuestra Paz, reconcilió por la cruz a judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en Sí mismo (3).

La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, «a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas; y también los patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne» (Romanos, 9, 4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita (4); gran parte de los judíos no aceptaron el Evangelio e incluso no pocos se opusieron a su difusión (5). No obstante, según el

apóstol, los judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación (6). La Iglesia, juntamente con los profetas y el mismo apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y «le servirán como un solo hombre» (Sofonías, 3, 9) (7).

Como es, por consiguiente, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue, sobre todo, por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno.

Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo (8), sin embargo, lo que en su pasión se hizo no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Y si bien la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como reprobos de Dios y malditos, como si esto se dedujera de las Sagradas Escrituras. Por consiguiente, procuren todos no enseñar nada que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, ni en la catequesis ni en la predicación de la palabra de Dios.

Además, la Iglesia que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con los judíos, e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos.

Por lo demás, Cristo, como siempre lo ha profesado y profesa la Iglesia, abrazó voluntariamente, y movido por inmensa caridad, su Pasión y Muerte, por los pecados de todos los hombres, para que todos consigan la salvación. Es, pues, deber de la Iglesia en su predicación el anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia.

(1) Cf. Gal., 3, 7.

(2) Cf. Rom., 11, 17-24.

(3) Cf. Ef., 2, 14-16.

(4) Cf. Lc., 19, 84.

(5) Cf. Rom., 11, 28.

(6) Cf. Rom., 11, 28-29; cf. Const. dogm. «Lumen Gentium», AAS 57 (1965), pág. 20.

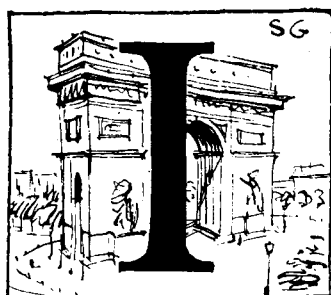
(7) Cf. Is., 66, 23, Salm. 65, 4; Rom., 11, 11-32.

(8) Cf. Jn., 19, 6.

# HATIKVAH: Esperanza de Israel

La puerta del redil está abierta  
(Paulo VI en Belén, 6-1-64)

## Un antecedente: El Viaje de Paulo VI a Tierra Santa



limitado fue el entusiasmo de los PP. conciliares reunidos en la ceremonia de clausura de la II Sesión del Vaticano II, el día 4 de diciembre de 1963 cuando el Papa Paulo VI anunció su propósito de peregrinar a Tierra Santa en las venideras

fiestas de Navidad. Si la noticia llenó de júbilo y emoción a todos los católicos, dio motivo, en cambio, en otros medios a infinitud de comentarios sobre los motivos e intenciones del Pontífice. Estando situados los Lugares Santos en dos naciones «oficialmente» no católicas, ni siquiera cristianas, fue en ellas donde el anuncio produjo más sensación.

En Jordania el viaje constituyó una manifestación de simpatía y admiración hacia el Papa peregrino. Basta recordar las multitudes árabes, con su rey Hussein a la cabeza, entusiasmadas con la persona de Paulo VI. En cambio, la mayoría de corresponsales estuvieron de acuerdo en señalar que la actitud de los judíos fue cortés pero más fría. No quiere decir esto que en los medios hebreos no despertara el viaje un verdadero interés. La revista sionista francesa «**La Terre Retrouvée**» (1) en su número anterior al viaje buscó una explicación humana al mismo: Paulo VI estaría preocupado por la tensión judeo-árabe que ponía en peligro la paz en el Próximo Oriente; y además había de interpretarlo en el contexto de las discusiones entre «conservadores» y progresistas al final de la segunda sesión del Concilio. El viaje supondría el reconocimiento explícito del Estado de Israel por la Iglesia Católica. Vuelto el Papa a Roma se notó cierto descontento en los judíos. Paulo VI no pronunció la palabra Israel y al despedirse del presidente del Estado hizo una «inoportuna» defensa de Pío XII. Quedaba patente para ellos que se había dado más importancia a Jordania que a Israel. No se quiso ver en el Papa a un católico visitando los lugares sagrados de su religión sino al jefe de un estado o de un grupo de personas.

Hay que añadir a esto que el Gran Rabino de los sefaradim, **Itshak Nissim** (2) se negó a recibir al

(1) «La Terre Retrouvée» Nº 586, 15 de diciembre de 1963.

(2) En Israel existen dos grandes rabinos: Uno para los sefaradim (meridionales) y otro para los achkenazim (septentrionales). La división no se refiere a su situación en la geografía del Estado Judío sino a sus lugares de procedencia.

Papa por motivos religiosos: A sus ojos Paulo VI es menos que él y el judaísmo es superior y anterior al cristianismo.

### La Biblia: una fe; una historia

En una época en que las relaciones de alto nivel se rigen por los códigos de la amabilidad, sincera o afectada, nos hallaríamos ante una falta de cortesía. Pero más parece la firme convicción de estar en posesión de la verdad. Esta actitud sorprende pero invita al estudio. En los judíos, si no se tiene en cuenta su vinculación a la Biblia, su condición de pueblo elegido y su sentimiento religioso, todo carece de sentido, incluso el ateísmo de algunos de ellos.

«Libro prodigioso aquel,... en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura» (3). ¿Qué alcance tiene esta perennidad? Sabemos la relación estrecha que existió entre el pueblo judío y la Biblia hasta la venida de Jesucristo. Pero nos resistimos a creer que continuara después de la dispersión cuando los cristianos la tuvieron como libro sagrado. En realidad, la relación Biblia-Pueblo Judío ha continuado en los dos mil últimos años de su historia (4).

A partir del año 70 y en sucesivas deportaciones, hasta la última de Adriano, el pueblo hebreo fue abandonando Palestina dejándola convertida en un desierto. A mediados del siglo II, aparte un pequeño grupo, ya no quedan judíos en Israel. Se inicia entonces un período de tiempo en que el israelita se cierra sobre sí mismo y leyendo con nostalgia las glorias pasadas de David y Salomón espera con fe heroica tiempos mejores. ¡Cómo se repetirían en toda la Diáspora, pasados los primeros momentos de desánimo, los versículos de los grandes profetas que hablan de la futura gloria de Israel! Y así durante años y más años, siglo tras siglo, la esperanza de retorno se mantuvo firme en aquellos judíos que iban repitiendo con monótona insistencia: «el año próximo en Jerusalén».

Pero la vuelta estaba lejana. El Israel disperso fue encerrado en el ghetto y allí pasó toda la Edad Media

(3) Juan Donoso Cortés. Discurso Académico sobre la Biblia, Obras completas, Tomo II. Madrid 1946. B.A.C., pág. 162.

(4) Para un estudio más completo de la historia de Israel desde Jesucristo hasta nuestros días y para ver el interés judío por la Biblia, cf. CRISTIANDAD Núm. 399 y ss.: El pueblo judío desde su dispersión, Luis Creus Vidal.



y el Renacimiento. Si el judío tuvo alguna actividad pública se la dio el hecho de que a los cristianos se le prohibían profesiones y negocios que la Ley no impedía a los israelitas. Y aun entonces fue objeto de odios y venganzas. Pueblo grande, que ha sido amado o despreciado, pero que nunca ha dejado indiferente a nadie. Viviendo en Europa, Asia y África se le negó muchas veces el respeto que exigía Dios, en el Antiguo Testamento, a los propios judíos, «pues extranjeros fuistéis vosotros en la tierra de Egipto» (5).

Así se llega a finales del siglo XVIII en que se producen dos acontecimientos de la máxima importancia para la vida de los israelitas dispersos: la Revolución Francesa y la declaración de independencia americana. Si el primero supone el final de la desdichada situación en Francia y Centroeuropa, el segundo permite el éxodo hacia Estados Unidos de algunos judíos de Polonia y Rusia, países en donde continuaba con todo rigor su postergación, muchas veces violenta.

Aquí ocurre un fenómeno repetido a lo largo de la vida de los hebreos: «Todas las veces que Israel se asienta, que gusta la paz a la sombra de su viña y de su higuera, es acechado por las divinidades de la tierra, las de los pueblos en medio de los cuales vive» (6). Estas divinidades han sido la libertad y el «progreso». Por el contrario es fiel a la fe de sus padres, como un nuevo Job, en la adversidad. Esta, nos parece, es la explicación de la religiosidad de los judíos de Polonia y Rusia frente al liberalismo religioso de los del resto de Europa y América. Al menos nos parece más verosímil que la de Soloviev que pone la causa en el parecido entre el espíritu israelita y el misticismo oriental (7).

Pero precisamente de esta disyunción surge la posibilidad real de volver a Palestina: la cultura cosmopolita y liberal de los judíos centroeuropeos y la fe mesiánica de los orientales juntas permiten hablar a finales del siglo XIX del retorno. La plegaria deja paso al canto:

«Mientras la voz de nuestros profetas perdure en  
[nuestras memorias,  
y mientras haya un judío que respire para oírlos,  
[creerlos,  
mientras viva el amor que vive en Israel,  
y la piedad que late en el corazón del Eterno,  
no morirá nuestra esperanza, Sión, Sión, tierra  
[dada a nuestros mayores,  
no morirá nuestra esperanza de retorno,  
nuestra esperanza de volverte a ver,  
nuestra esperanza de dos mil años» (8).

Como en un nuevo Exodo, Israel avanza hacia la tierra prometida huyendo de otros faraones, para una

(5) Lev (19,34).

(6) Jacques Madaule, *Le retour d'Israël*. Desclée de Brouwer, página 12.

(7) cf. Charles Journet, *Destinées d'Israël*. París 1945. Eglouff. Nota de la pág. 23.

(8) Fragmento de la «Hatikvah» (Esperanza): Himno sionista compuesto por N.-H. Imber (n. en 1856). Traducción sobre la versión francesa de la *Anthologie juive* de Edmond Fleg. París 1923. Georges Crès et Cie.

vez en Sión, empeñarse en una lucha macabáica contra todas las gentes que le rodean. Este espíritu de guerra santa contra los ingleses y los árabes puede captarse en el libro «*La révolte d'Israël*» de Menachen Begin, último jefe del Irgun (9).

Con el sedentarismo y la alta influencia de los judíos centroeuropeos Israel continúa su liberalización religiosa pero el retorno a la Biblia es intensísimo, hasta el punto que Ben Gurion escribe: «Sin el estudio de la Biblia no puede haber educación judía, ni en Israel ni en la Diáspora. El judío ortodoxo encuentra en la Biblia los orígenes y los sucesos sobre los que funda su fe. Pero aun el judío que no practica descubre allí la génesis de su pueblo, los episodios de la lucha contra el mundo de la idolatría, los relatos de gloria y esplendor, el vigor de la profecía de Israel, inestimable tesoro del lirismo, sabiduría y pensamiento, inigualables por su fervor espiritual, su pureza poética y su audacia de expresión» (10).

A pesar de esta eclosión en torno a la Escritura, el mesianismo que todo judío lleva en el fondo de su alma, está dividido en dos corrientes distintas y antagónicas: Para unos es una variación de aquel mesianismo de que habla Berdiaeff (11) en el cual el proletariado (el pueblo) es el mesías. Por otra parte, una minoría cada vez más restringida y despreciada, de verdaderos «integristas» espera un redentor. Esta escisión produce grandes dificultades en la política interior del nuevo estado y preocupa a los hebreos religiosos que ven en el progresismo de las clases dirigentes y de un gran sector del pueblo el germen de la rotura de intereses y aspiraciones entre Israel y la Diáspora. Y así Yitshah Korn escribe: «Mientras el judaísmo esté escindido en dos partes, de una el Estado de Israel y de otra las comunidades de la Diáspora, tendrá que admitirse la evidencia: la religión (o para ser más exactos, el conjunto de tradiciones de la cultura y tradición judía) será uno de los factores que cimentarán las dos partes. Si el Estado de Israel desecha la religión como factor dominante de la vida judía se separará de las grandes comunidades judías y acelerará su desaparición. El gran error de los judíos agnósticos de Israel es querer poner la religión judía al mismo nivel que las otras, el catolicismo o el protestantismo. El judaísmo es una religión y al mismo tiempo un factor de unidad nacional y continuará siéndolo durante largo tiempo» (12).

No es esta la ocasión de hacer un estudio sobre el significado que ante la Teología de la Historia puedan tener la pervivencia bíblica en los hebreos, las persecuciones modernas antijudías, y en fin, todo el conjunto de fenómenos y paradojas que llamamos el mis-

(9) Menachen Begin, *La révolte d'Israël*. Librairie Plon, París. Un sentido más liberal y político daban a la lucha la Agencia Judía y la Hagana.

(10) David Ben Gourion, *Le peuple et l'Etat d'Israël*. París 1959. Editions de Minuit., págs. 152-154. Citado por Juan Manuel de Igar-tua, S. I. en *CRISTIANDAD* Núm. 352: El pensamiento religioso de Israel según Ben Gourion.

(11) Nicolas Berdiaeff, *El Cristianismo y el problema del Comunismo*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid 1936, págs. 39 y ss. Cf. también *CRISTIANDAD* Núm. 31.

(12) «*La Terre Retrouvée*», Nº 603. 15 de septiembre de 1964.

terio de Israel. Unicamente, a través de la división religiosa de los judíos, pero todos con la mirada vuelta a la Biblia, pretendemos hacer comprender algo mejor sus reacciones ante el esquema recientemente aprobado.

### Los judíos y el Vaticano II

En general los judíos de todo el mundo han seguido con verdadero interés las discusiones que se desarrollaban en Roma durante el Concilio, respecto de las religiones no cristianas y de un modo muy especial las que más directamente se referían a ellos. Mientras una minoría, en general los medios rabínicos, opinaba que las discusiones era cuestión interna de la Iglesia católica y que en todo caso había que esperar los resultados, el resto no lo miraba así. Se vio con satisfacción el esquema que en la primera sesión presentó el cardenal Bea. Partiendo de posiciones de un ecumenismo liberal e irénico fraguado en torno a la euforia progresista del principio del Concilio aparecía el esquema como un «avance» en la doctrina católica, apartándose de posiciones superadas con el correr de los tiempos. Para otros, toda afirmación concreta de la verdad de la Iglesia, en relación con el pueblo judío era un atentado al espíritu ecuménico.

Esta actitud se endureció cuando el esquema fue modificado, ya en el pontificado de Paulo VI, y se hizo una referencia más concreta a la conversión de los judíos: «...la Iglesia, según la enseñanza del Apóstol Pablo (Rom. XI, 25) con fe indestructible y gran deseo, espera el acceso de este pueblo a la plenitud del pueblo de Dios, tal como Cristo lo ha instaurado».

Con un nuevo texto ya aprobado y ratificado por el Papa, el comentario casi general de los judíos ha sido no tanto de desengaño como de incompreensión. Para los hebreos religiosos, la esperanza de la conversión de Israel carece de sentido. Tampoco puede tolerar las referencias a San Pablo. No olvidemos que para ellos, el causante de la «separación» de la Iglesia y la Sinagoga, una vez desaparecido Cristo, es el Apóstol de los gentiles. Entre los «modernistas», aunque se celebra que se deplora el antisemitismo algunos hubieran deseado una condenación más concreta.

### Perspectivas de un verdadero ecumenismo

Ante estas posiciones, la actitud de los católicos podría ser de desánimo. Si no hay posibilidad de diálogo, sin caer en irenismos, con los liberales, a quienes sólo preocupa Israel en el aspecto histórico y cultural, ¿cómo entenderse con los «integristas», los únicos que reconocen un mensaje divino en el Antiguo Testamento, cuando ellos precisamente se cierran más en sus posiciones ante la declaración conciliar? Aquí precisamente radica para el católico el problema de Israel. Si es de fe que un día se convertirá, las esperanzas parecen por ahora muy alejadas. No obstante ya dice

(13) Is (40,13).

Isaías: «El espíritu de Jahvé ¿quién lo sondea? ¿quién es el consejero que le enseña?» (13).

Nos hallamos dentro del problema de la Teología de la Historia. Si toda conversión es don de la gracia, ¿para cuándo reserva Dios el retorno de Israel? Si se admite la opinión de que la conversión de Israel tendrá un carácter especial —¿quizá colectiva?—, ¿qué importancia tiene, dentro de esta perspectiva, la creación de un Estado judío en Israel? ¿y el continuo y progresivo alejamiento de la Biblia como mensaje divino?

Misteriosas e importantes parecen las palabras de Levi Echkol:

«...si hemos cumplido nuestra misión histórica asegurando nuestra pura y simple existencia en el marco del Estado, ¿hemos dado realmente a este Estado un contenido? Hemos querido no sólo dar un remedio urgente a la situación angustiada de los judíos, sino que también este Estado sea para nosotros un hogar espiritual. Tenemos que volver a ser un pueblo que cree valores. Tenemos que comprender lo que la Diáspora judía y quizá también las otras naciones esperan de nosotros, exigen de nosotros; una irradiación espiritual. Nosotros preparamos los instrumentos. Fabricamos el arpa de David. ¿De dónde vendrá el soplo que hará vibrar sus cuerdas? El versículo de Ezequiel «y los huesos se aproximarán los unos a los otros» se realiza en nuestros días; nosotros hemos resucitado el esqueleto. Y quizá le hemos dado también los nervios y hemos hecho crecer sobre el la carne; «y la piel le cubrirá por encima». ¿Tendremos también la fuerza para hacer entrar allí el Espíritu? ¿Vivirá? (14).

El esquema recientemente aprobado invita a la meditación y al estudio. Somos los cristianos quienes, con nuestra santidad, hemos de provocar celos (15) a los judíos para que deseen ellos ser otra vez el centro de las naciones tal como Jahvé prometió a los Patriarcas. «Los judíos encontrarán de nuevo en la Iglesia su verdadero medio. La naturaleza misma de las cosas exige su retorno. Nada lo deja prever; pero ciertamente se producirá» (16). El camino de la conversión de Israel pasa por San Pablo. Otro Pablo, el Pontífice gloriosamente reinante dijo en Belén dirigiéndose a los protestantes: «La puerta del redil está abierta». Palabras a los protestantes pero dichas en Judea. Esta vuelta al redil es nuestra esperanza. Esta es la esperanza de Israel.

JOSE M.<sup>a</sup> MUNDET GIFRE

(14) Fragmento de un discurso pronunciado en la Primavera de 1964 en una sesión del Comité de Acción Sionista. Cf. «La Terre Retrouvée N° 594. 15 de abril de 1964. El versículo citado de Ezequiel es el (37,6).

(15) Dt (32-21) y Rom (10-19).

(16) P. Viard, Sainte Bible, Pirot, Epître aux Romains. Citado por G.-J. Dedeban, Propos sur Israël. Roma 1959. Editions Alpha Centauri. Nota de la pág. 104.

## Jesucristo, Rey de los judíos

«Y sobre su cabeza pusieron escrita su causa:

**Este es Jesús, el Rey de los judíos.»**

(Mt. XXVII, 37)

*La numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmeras y salieron a su encuentro gritando: «¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el REY DE ISRAEL.»*

(Jo. XII, 11-13).

*Dijo Pilatos: «¿A vuestro rey voy a crucificar?» Contestaron los príncipes de los sacerdotes «No tenemos más rey que el César.»*

(Jo. XIX, 15).

*Y todo el pueblo contestó diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»*

(Mt. XXVII, 25).

No deja de tener actualidad el que glosemos ahora, con ocasión de la festividad más grande que celebra la Cristianidad, la frase que encabeza, titulándolas, las páginas que seguirán.

En realidad no se trata de glosar ni una frase, ni unas páginas, sino más bien presentar unos cuantos textos que por sí solos comentan, explican y glosan el titular.

Nuestra modestísima pluma no tiene nada que añadir: únicamente conducir a través de ellos.

### NO HE SIDO ENVIADO SINO A LAS OVEJAS PERDIDAS DE LA CASA DE ISRAEL

Saliendo de allí Jesús, se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, procedente de aquellos lugares comenzó a gritar, diciendo: Ten piedad de mí, Señor, hijo de David, mi hija es malamente atormentada del diablo. Pero El no le contestaba palabra. Los discípulos se le acercaron y le rogaron, diciendo: despídela, pues viene gritando en pos de nosotros. El respondió y dijo: NO HE SIDO ENVIADO SINO A LAS OVEJAS PERDIDAS DE LA CASA DE ISRAEL. Mas ella, acercán-

dose, se postró ante El, diciendo: ¡Señor, socórremel Contestó El y dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos. Mas ella dijo: Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces Jesús le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres. Y desde aquella hora quedó curada su hija.

(San Mateo, cap. XV, vers. 21 a 28).

«Los discípulos instan a Jesús; importunados por el llanto clamoroso de esta mujer, le ruegan que se desentienda de ella, lo más cierto, concediéndola lo que suplica: "No he sido enviado —replica el Señor— sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Esta misión exclusiva la afirmará frecuentemente Cristo, cuando, en vísperas de la Pasión, los paganos piden ver a Jesús a su entrada en Jerusalén, no se atreven a abordarle directamente, y se dirigen a Felipe, que avisa a Andrés, y los dos pasan el recado a Cristo; Este, sin responder fijamente, les da a entender que sólo por su Pasión y muerte "atraerá a todos a sí" (Jn., XII, 22-23). Un poco antes, el mismo evangelista transcribe el sermón del Buen Pastor: "Tengo además otras ovejas que no son de este redil; y es menester que yo las traiga; y oirán mi voz, y se harán un solo aprisco y un solo pastor" (XI, 16).»

(Lebretón - La vida y doctrina de Jesucristo).

\* Véase CRISTIANDAD, núm. 42.

Siete siglos antes de Jesucristo, Isaías, el magno profeta del pueblo escogido, en sus visiones inspiradas, señala la misión del Redentor y distingue el llamamiento del Mesías a su pueblo como premisa del plan general de redención.

Recogemos algún fragmento de sus poemas que al mismo tiempo que elevan con sus arrebatos líricos impresionan por su realismo profético.

(8) Y tú, Israel, siervo mío,  
Jacob, a quien Yo elegí,  
prosapia de Abraham amigo mío.

(9) Yo te tomé de los lindes de la tierra,  
y desde sus fronteras te llamé.

Yo a ti te dije: «Tú eres mi siervo»;  
Yo te elegí, jamás te rechacé.

(10) Tú no te asustes, que estoy contigo;  
tú no te azores: Yo soy tu Dios.

Yo te conforto, Yo te socorro;  
de mi justicia con la diestra te sostengo.

(11) Mira cual se avergüenzan y confunden  
cuantos ardían en rabia contra ti:  
serán cual si no fueran,  
perecerán los de tus pleitos.

(12) Irás en busca de ellos y no los hallarás,  
a los de tus contiendas;  
serán cual si no fueran,  
anulados serán los de tus guerras.

(13) Yo soy Jahvé tu Dios,  
soy quien te tiene asido de la diestra;  
el que te dice: no tengas miedo,  
Yo vengo en tu socorro.

(14) No temas gusanillo de Jacob,  
residuos de Israel;  
Yo soy en tu ayuda,  
palabra de Jahvé;  
Yo soy tu redentor,  
el Santo de Israel.

(15) Un trillo haré de ti  
cortante, nuevo, en dientes poderoso;  
montañas hollarás y las triturarás,  
y pondrás los collados como tamo.

(16) Tú los aventarás, se los llevará el viento,  
y el torbellino los esparcirá.  
Y sentirás regocijo en Jahvé,  
en el Santo de Israel te gloriarás.\*

(Isaías, XLI, 8-16).

## Después del castigo, Israel será liberado por el Rey Mesías

El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz. — Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante ti, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que se reparten la presa. — Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cuello, la vara del exactor, como en el día de Madián. — Y han sido echados al fuego, y devorados por las llamas, los

zapatos jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. — *Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, — para dilatar el imperio y para una paz ilimitada, SOBRE EL TRONO DE DAVID Y SU REINO, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia, desde ahora para siempre jamás. El celo de Yave Sebaot hará esto.* (IX-1 a 6).

(Introito a la misa de Navidad).

## El reino del Mesías, reino universal y de Paz

Y brotará una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago. — Sobre el que reposará el Espíritu de Yave, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yave. — Y pronunciará sus decretos en el temor de Yave. No juzgará por la vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos — sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío. — La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura. — Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. — La vaca pacerá con la osa, y sus crías se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. — El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. — No habrá más ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yave, como llenan las aguas el mar.

*En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé se alzaré como estandarte para los pueblos. Y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada. — En aquel día, de nuevo la mano del Señor redimirá al resto de su pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Patros, de Cus, de Elam, de Senaar, de Hamat y de las islas del mar. — ALZARÁ SU ESTANDARTE PARA LAS NACIONES, Y REUNIRÁ A LOS DISPERSOS DE ISRAEL, Y JUNTARÁ A LOS DISPERSOS DE JUDÁ, DE LOS CUATRO CONFINES DE LA TIERRA; y ya Judá no será más enemigo de Efraím, y serán destruidos los enemigos de Judá. Y no envidiará ya más Efraím a Judá, y Judá no será más enemigo de Efraím. — Y se lanzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a los hijos de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Ammón les estarán sujetos. — Y secará Yave la lengua de mar de Egipto y levantará con fortaleza su mano sobre el río, y herirá sus siete brazos, que podrán pasarse a seco. — Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto.*

(XI-1 a 16).

\* Traducción de Ramón Orlandis, S. I.

Este plan de apostolado con los judíos lo continuaron después de Jesucristo, por unos años, los Apóstoles, encargándose sólo San Pablo (el advenedizo) de los gentiles. Mas al rechazar los judíos en su gran mayoría el mensaje mesiánico, vino el apostolado de los gentiles, valiéndose de los elegidos judíos, los Apóstoles.

Pero, como dice San Pablo, «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» y bajo este prisma es como debe interpretarse el siempre de actualidad problema judío. Nadie mejor que el mismo San Pablo ha dado la verdadera y única solución a la cuestión semita. Transcribiremos un fragmento de su *Carta a los Romanos* en que claramente se pone esto de manifiesto.

### La reprobación de los judíos no es total

Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No, cierto. Que yo soy israelita del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. ¿O es que no sabéis lo que en lo de Elías dice la Escritura, cómo ante Dios acusa a Israel: «Señor han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo, y aún atentan contra mi vida»? ¿Pero qué le contesta el oráculo divino? «Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal».

Pues así también en el presente tiempo ha quedado

un resto, en virtud de una elección graciosa. Pero sí por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia.

¿Qué, pues? Que Israel no logró lo que buscaba, pero los elegidos lo lograron. Cuanto a los demás, se han encallecido, según está escrito: «Dióles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy». Y David dice: «Vuélvase su mesa un lazo y una trampa, y un tropiezo, y su justa paga; oscurezcanse sus ojos para que no vean, y doblega siempre su cerviz».

### La reprobación de Israel

Pero preguntó: ¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarlos a emulación. *Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud!* Y a vosotros, los gentiles, os digo que mientras sea apóstol de los gentiles, haré honor a mi ministerio, por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos. *Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?* Que si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas. Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir de la pingüedad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con los caídos, para contigo la bondad, si permaneces en la bondad, que de otro modo también tú serás desgajado. Mas ellos, de no perseverar en la incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado de un

olivo silvestre y contra naturaleza injertado en un olivo legítimo, ¡cuánto más estos, los naturales, podrán ser injertados en el propio olivo! Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: *Que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que entrase la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: «Vendrá de Sión el Libertador, para alejar de Jacob las impiedades. Y esta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados»* (1).

POR LO QUE TOCA AL EVANGELIO, SON ENEMIGOS POR BIEN VUESTRO; MAS SEGÚN LA ELECCIÓN, SON MUY AMADOS DE DIOS A CAUSA DE SUS PADRES, QUE LOS DONES Y LA VOCACIÓN DE DIOS SON IRREVOCABLES. Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia, así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida, alcanzarán a su vez misericordia; *pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia, para tener de todos misericordia.* ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos! Porque «¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién primero le dio para tener derecho a retribución?» Porque de El y por El y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén.

(Epístola a los Romanos, San Pablo, cap. II).

Esta es la clave del problema judío:

**POR LO QUE TOCA AL EVANGELIO SON ENEMIGOS...  
MAS SEGUN LA ELECCION SON MUY AMADOS DE DIOS  
A CAUSA DE SUS PADRES.**

(1) — «Mas para Sión vendrá como redentor, para los de Jacob que se convierten de sus pecados, dice Yave. — He aquí mi alianza con ellos, dice Yave: El espíritu mío que está sobre ti; y las pala-

bras que pongo en tu boca, no faltarán de ella jamás, ni la de tu descendencia, dice Yave desde ahora, para siempre».  
(Isaias, LIX, 20-LX, 3)

# PADRE NUESTRO



ADRE NUESTRO, QUE ESTAS EN LOS CIELOS,  
SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE,

VENGA EL TU REINO,  
HAGASE TU VOLUNTAD  
ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY,

Y PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS,  
COMO TAMBIEN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES;

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TEN-  
TACION,  
MAS LIBRANOS DEL MALVADO.

(Mat. 6, 9-13)



# MAGNIFICAT



i alma glorifica al Señor :

y mi espíritu está transportado  
de gozo en el Dios salvador mío.

Porque ha puesto los ojos  
en la bajeza de su esclava :  
por tanto, ya desde ahora me llamarán  
bienaventurada todas las generaciones.

Porque ha hecho en mí cosas grandes  
aquel que es todopoderoso,  
cuyo nombre es santo;

y cuya misericordia se derrama  
de generación en generación  
sobre los que le temen.

Hizo alarde del poder de su brazo,  
deshizo las miras  
del corazón de los soberbios.

Derribó del solio a los poderosos  
y ensalzó a los humildes  
colmó de bienes a los hambrientos :  
y a los ricos los despidió sin nada.

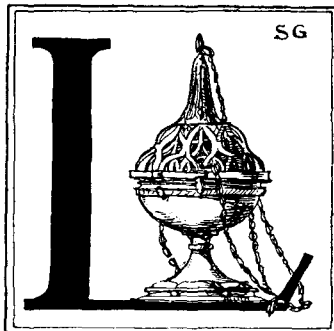
Acordándose de su misericordia,  
acogió a Israel su siervo;

según la promesa  
que hizo a nuestros padres,  
a Abraham y a su descendencia  
por los siglos de los siglos.



# La Sagrada Biblia

arca de bellezas literarias



a inspiración y la profundidad de la Sagrada Escritura, junto con su incomparable belleza, la elevan por encima de todos los libros de la Literatura en su loor: «La lectura de la Sagrada Escritura es universal. San Crisóstomo entona un himno entusiasmado en su loor: «La lectura de la Sagrada Escritura es comparable a un tesoro; pues así como quien logra, si quiera una parte o partecita de él, se hace dueño de grandes riquezas, así al leer la Biblia, podemos hallar aun en una breve sentencia un cúmulo de excelsos pensamientos y una inmensidad de tesoros. Ni solamente la Biblia es semejante a un tesoro lleno de riquezas, sino también a una fuente que mana perennes y copiosas aguas. Grande, por cierto, es la rica abundancia de este tesoro, e inexhausto el manantial de esta fuente espiritual. Y no os admiréis de que así suceda: los que nos precedieron, sacaron de esta fuente cuanta agua pudieron; los que nos sucedan, seguirán bebiendo de ella, mas no lograrán agotarla» (1).

Y la profundidad de pensamiento y de enseñanzas divinas van acompañadas, en la Sagrada Biblia, de belleza y sublimidad peculiares y sorprendentes, «no superadas por libro alguno de la Literatura humana, comparables tan sólo con la belleza y grandiosidad de la Creación del mundo visible, obra también inmediata de Dios... Los escritos que, como palabra suya, ha dirigido el Ser Supremo a los hombres, nos producen ciertamente, y en sumo grado, aquella impresión de divina belleza y sublimidad que sentimos frecuentemente al contemplar las obras de la Creación, muy superiores a las del arte humano. Por sencilla y llana que nos parezca la palabra bíblica, por desprovista de arte y sin pretensiones, se apodera de nuestra inteligencia, de nuestra fantasía y de nuestro corazón; la sencillez máxima se transforma en lenguaje figurado ardiente; la oración ingenua, en sublime himno; y la sobria narración adquiere, ora el encanto de gracioso idilio, ora el vuelo de sublime epopeya, ora la fuerza conmovedora de la tragedia más acuciante». Así, el acertadísimo juicio sobre la Biblia del eminente maestro y crítico de Literatura, P. Baumgartner (2).

Ni podía ser de otra manera. En efecto: Dios es suma e infinita Verdad; y nos ha dado a los hombres la inteligencia, con capacidad para conocer la verdad y con vivísimos deseos y ansias de conocerla y de descansar en su posesión. «¿Qué cosa (dice San Agustín) desea más ardientemente el alma humana que la verdad?» (3). Y no contento con haber puesto a nuestro alcance las verdades del orden natural, y con habernos dado la luz de

la razón para investigarlas, armonizarlas y servirnos de ellas y de sus aplicaciones técnicas para nuestra vida; quiso revelarnos sus verdades, y quiso revelárenos El mismo, y sus misterios, aun el supremo misterio, que es el de su vida divina, manifestada en la revelación de la Santísima Trinidad.

Además, Dios es suma e infinita Bondad; Dios es Caridad; y nos ha dado la voluntad, capaz de amar el bien; y así, al poseerlo, ser buenos, con participación bienhadada y dichosa de la Bondad divina. Y al hacernos la revelación de su Amor, y de todas sus obras, fruto de su Amor, no lo ha revelado todo con bondad, como Padre amantísimo.

Pero Dios es también suma e infinita Belleza; y nos ha dado las facultades estéticas para que pudiésemos contemplar las cosas bellas; y así tener, aun en la vida terrestre, como un anticipo y pregusto del gozo y agrado que El nos reserva en el cielo, cuando le veamos cara a cara, en el esplendor hermosísimo de toda su infinita Belleza; pues «pulchra sunt quae visa placent»: bellas son las cosas que, vistas, agradan, complacen, dan gusto, como dice Santo Tomás (4). Y Dios ha hecho cosas bellísimas para que con el goce puro y desinteresado de la belleza, nos elevásemos hacia El. Y al hablarnos como Padre a sus hijos, ha querido que sus palabras fuesen como un reflejo de su belleza soberana, y estuviesen en armónica consonancia con las verdades que nos revelaba; de manera que sus mismas verdades nos fuesen presentadas como incandescentes y así nos fuesen más luminosas y más gratas, ya que la belleza, como también la define el Doctor Angélico, es la incandescencia de la verdad. ¡Magnífica armonía entre las verdades reveladas por Dios, y la manera bellísima de comunicárnoslas El por medio de sus hagiógrafos! Es que la ley suprema del arte es la armonía; ¿cómo, pues, no habían de ser de altísimo valor de arte literario los Libros que nos revelan y cantan las obras de Dios, todas llenas de soberana armonía, y en forma de consonancia perfecta con las verdades reveladas? «Toda la Creación (escribe el P. Ign. Casanovas) es armonía. Dios lo ha hecho todo con número, peso y medida. Las leyes naturales forman un concierto infinito que canta la gloria del Creador. El reino moral es una música superior, quieta y suavísima. El imperio de las inteligencias lo reduce todo a la unidad, con la plenitud de voces de toda la Creación. La vida sobrenatural sube hasta el mismo Dios; y allí la armonía es unidad y plenitud infinita, que absorbe toda facultad creada de sentir, y le da una sobre-vida beatísima» (5).

Sí; son bellos, maravillosamente bellos los Libros sagrados; y con toda clase o categoría de belleza, ya cuando ella se muestra propiamente tal, ya cuando se encumbra hasta su cima, que es la sublimidad, ya cuando serenamente desciende a su valle risueño, que es la delicadeza y la gracia. Los Santos Padres comparaban los Libros santos a «fértiles praderas y a deliciosos jar-

(1) Hom. 3 in Gen.

(2) Geschichte der Weltliteratur, 1, 3 y 4. - Cfr. Mist. Bibli., de Schuster-Holzammer, I, pág. 45.

(3) Tract. 26 in Io.

(4) Summ. Th., I, q. 5, c. 4, ad 1.

(5) Coment. y Explic. de los Ejerc. de S. Ignacio, III, pág. 219.



dines, en los que la grey del Señor encuentra, junto con una fuerza admirable, un maravilloso encanto» (6).

Veamos, pues, cómo los Libros santos son bellos por estas cuatro cosas: por su objeto; por su forma de ex-

presión; por la excelstitud de la poesía bíblica; y porque, como consecuencia de todo esto, es la Biblia una fuente incomparable de inspiración poética.

(6) S. Aug., Serm. 20, 14; - S. Ambr., in Ps. 118, Serm. 19, 2.

## I. Objeto

Larga tarea sería presentar todos los objetos que siendo bellos y hermosos, son la materia de la divina revelación en la Biblia; mas como toda ella se centra en Cristo, y al lado de Cristo está siempre su Madre con nexo indisoluble, pongamos los ojos en la inefable hermosura del Redentor y en la de su Madre Purísima.

a) Cristo. — «No vino a enseñar estética ni otra ninguna ciencia humana el Verbo Encarnado (escribe nuestro gran Polígrafo Menéndez Pelayo); pero presentó en su Persona y en la unión de sus dos naturalezas el prototipo más alto de la hermosura, y el objeto más adecuado del amor, lazo entre los cielos y la tierra. Por El se vio magnificada con singular excelencia la naturaleza humana, y habitó entre los hombres todo bien y toda belleza. Ya le había llamado proféticamente el Salmista: "Resplandeciente en hermosura entre los hijos de los hombres" (7). La revelación por Cristo instauró todas las disciplinas, y también la disciplina de lo bello, aclarando, rectificando y completando lo que entre sombras habían alcanzado por el esfuerzo de su razón los filósofos antiguos» (8). Y poco después, comentando el insigne autor la doctrina de San Agustín sobre lo bello, continúa: «Sobre toda belleza humana, aun sobre la misma belleza interior, cuya raíz es la justicia, se levanta, en el sistema de San Agustín, la belleza del Dios Humanado: "Hermoso como Verbo de Dios, hermoso en el seno de la Virgen, hermoso en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso invitando a la vida, hermoso abrazándose con la muerte, hermoso al rendir el alma, hermoso al recobrarla, hermoso en el madero de la Cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en la gloria" (9); ¡inefable concepción! (10)

Definió Platón la belleza diciendo que es el resplandor de lo infinito en lo finito; y bien se ve que esta definición sintética tiene su más acabada realización en Cristo, Dios infinito hecho Hombre visible y palpable. Es Cristo como un capullo de belleza eterna que en su vida humana va abriendo y desplegando sus immaculados pétalos; y todavía mejor, ya que la belleza es luz y resplandor, digamos que Cristo es como un foco de luz increada, inaccesible en sí a las miradas humanas, que por modo maravilloso se ha mostrado a nuestros ojos, creciendo desde los primeros albores de Belén hasta el día eterno de la gloria, donde su reino no tendrá fin. Hay hermosura creada e increada; natural y sobrenatural; corporal moral e intelectual; y en todas ellas es soberano modelo, dechado, ejemplar e ideal de hermosura, Cristo. ¿Cómo no han de ser singularmente hermosos los Libros sagrados, por encima de todo libro bello humano, los que revelan a Cristo, le prefiguran, le anuncian, nos lo presentan lleno de gracia y de verdad?

b) María. — Siempre Ella unida estrecha e indisolublemente a Cristo, ya en los consejos eternos, ya en las figuras y profecías, ya en la vida terrena del Divino Redentor, ya en su vida gloriosa; y María, la que más per-

fectamente participó, junto con los demás bienes de Cristo, su Hijo, los resplandores de su belleza. Dios dotó a María de todos los géneros de hermosura que pueden caber en una pura creatura; le dio un cuerpo lleno de perfecciones, bellamente modelado; tan puro que Cristo pudo y quiso tomar su carne y su sangre de Ella; tan hermoso, que Cristo tuvo en su fisonomía los rasgos de la gracia y belleza de su Madre, acomodados a la hermosura varonil. Si Dios creó el cuerpo de Adán y Eva tan perfecto, porque pensaba en Cristo, cuya imagen por anticipado debían ser ellos, según dice Tertuliano (11), ¡cuánto más perfecto y hermoso debió ser el cuerpo de María, del cual había de nacer realmente Cristo!

Pero muchísimo más que la belleza corporal de María, su belleza espiritual, reflejo el más vivo y trasunto el más completo de la belleza espiritual de Jesús. Es, entre las meras creaturas, la obra maestra de Dios, autor de toda perfección, y por lo mismo de toda belleza.

Para prefigurarla y anunciarla, escogió el Espíritu Santo, en el Antiguo Testamento, los más preciosos símbolos y las más bellas realidades; y, por decirlo así, fue a buscar en la creación inanimada, en el reino vegetal, en el reino animal, en el reino humano y en la Historia de los Patriarcas y en la del Pueblo escogido, todo lo más bello y encantador.

Los montes, las fuentes, los ríos, las cascadas, la aurora, la estrella de la mañana, la nube portadora de la ansiada y necesaria lluvia para los campos; todo tiene algo y mucho que simboliza a María; y lo mismo el mar inmenso, el firmamento clarísimo, y aun el fuego consumidor.

A María representan también, del reino vegetal, los árboles más grandiosos y esbeltos, como el cedro, el ciprés, la palmera; y los que destilan aromas exquisitos, como el cinamomo, el áloe, el árbol del incienso o de la mirra; y los arbustos fructíferos como el olivo y la vid; y las flores más hermosas, ya las silvestres, en su sencilla belleza, como el lirio de los campos, ya las cultivadas en los jardines, como la rosa y la azucena. De todo esto solemos oír bellísimas cosas en las Misas de la Virgen.

También en la Biblia representa a María lo más hermoso del reino animal: la oveja, con su mansedumbre, la paloma con sus encantos, la tórtola con sus arrullos, la gacela del desierto con la esbeltez de sus líneas y su agilidad en el correr, y la cervatilla del monte, que saltando entre breñas, va afanosa a saciar su sed en las corrientes puras de frescas aguas.

Pero, sobre todo, quiso el Espíritu Santo prefigurar y como preparar a María, en las más insignes mujeres del Antiguo Testamento: la madre de todos los vivientes, Eva, antes de la prevaricación; Sara, la esposa de Abrahán; Rebeca, la esposa de Isaac; Raquel, la esposa de Jacob o Israel; Débora, la valerosa defensora del pueblo de Dios; Abigail, la prudente; Ana, la profetisa madre de Samuel; Abisag, la casta; y la enamorada esposa del Cantar de los Cantares. Y aún dos libros ente-

(7) Ps. 44.

(8) Hist. de las id. estét., vol. I, pág. 144.

(9) In Ps. 44, n. 3.

(10) Ut supra, pág. 160.

(11) De Carn. Christi, c. 7.

ros prefiguran a María: el de Judit, la libertadora de Betulia y de todo Israel, y Ester, la exenta de la ley común de exterminio, y que con su gracia y sus ruegos salvó a su Nación.

Magníficamente bellos los objetos o asuntos de los

Libros sagrados, en especial los que son el núcleo y centro de ellos: Cristo y su Madre. Y a esta hermosura del objeto corresponde con admirable armonía y consonancia la manera literaria de presentarlos a los ojos iluminados de nuestra alma.

## II. Forma de expresión

El gran filósofo, y también gran maestro del arte literario, Aristóteles, recomienda encarecidamente a todo el que quiera hacer obra artística con la palabra o con la pluma, que, asemejándose a un buen tirador al blanco, elija bien el blanco a donde ha de asestar sus tiros, y apunte bien para asestarlos acertadamente. Y dice que el artista de la palabra ha de apuntar principalmente a estas tres cosas: a la metáfora, o lenguaje tropológico; a la antítesis o uso de contrastes; y a poner las cosas en acción, dándoles vida.

Pues de todo esto vemos llena la Biblia, y ¡de qué manera tan maravillosa! Es que las obras de Dios son perfectas, y así lo es la Biblia en el fondo y en la forma.

«Hay en las Sagradas Letras (dice León XIII) una elocuencia admirablemente variada, rica y digna de los asuntos más excelsos; y esto es lo que San Agustín comprendió y gustó perfectamente; y lo que confirma la experiencia de los más eminentes oradores sagrados, los cuales han reconocido, con agradecimiento a Dios, que lo deben todo, y más que a ninguna otra cosa, a la asidua lectura y piadosa meditación de la Biblia» (12).

Toda la historia del Pueblo escogido se nos presenta a lo largo de los Libros sagrados, como un drama trágico, el mayor de los siglos, con sus tres fases: la promesa, la amenaza y la catástrofe.

Y cada una de las narraciones bíblicas es un encanto. Recordemos la historia del antiguo José, que siempre se lee con renovado interés, el idilio de Ruth; las admirables historias de Tobías, de Judit y de Ester; y en su sencillez y profundidad divina y humana, las incomparables Parábolas del Evangelio, joyas de la Literatura universal.

En plan de un vivo realismo, el impresionante relato, tan sólo apto para ser leído por personas bien formadas, de la casta Susana, con cuya lectura queda el alma como en suspenso y en expectación, mientras se desarrolla la infeliz trama urdida por los dos inicuos jueces; hasta que llega la intervención providencial del joven profeta Daniel, quien con un recurso inesperado consigue que salga triunfante la inocencia calumniada, y sea justamente castigada con la muerte la increíble maldad de aquellos dos desdichados viejos, a los que la belleza femenina, mirada con ojos lascivos, había engañado miserablemente, y les había trastornado perdidamente el corazón, como le dijo Daniel a uno de ellos en su valiente y mercedísima reprimenda.

Y ¿qué diremos de las descripciones bíblicas, tan llenas de vida y de colorido, que parece las estamos contemplando con los ojos extasiados? Cien veces hemos oído la descripción que en profecía nos hace Cristo, poco antes de su Pasión y Resurrección, cuando nos pinta con viveza admirable el Juicio final, al terminarse la vida humana en la tierra; y siempre nos parece nueva la

vivísima descripción que nos hace Jesús. También la descripción del Angel del Apocalipsis. Y ya antes, en el Antiguo Testamento, la descripción de la Mujer fuerte, en el último capítulo del Libro de los Proverbios; y aun la de un animal, el caballo, en el Libro de Job. Permítanos aducirla: y tal como nos la presenta y traduce Fr. Luis de León: «Habla Dios con Job acerca del caballo, por ser su natural maravilloso en extremo, así en el ánimo que tiene, como en la gallardía de su cuerpo, como en el brío y ligereza y afición a las armas. Y así Dios le trae a Job por ejemplo de su saber, preguntándole si sabría hacer él un caballo con las disposiciones y condiciones que tiene, las cuales pinta elegantísimamente. Dice: "¿Por dicha darás al caballo valentía? ¿por dicha ceñirás su pescuezo de relincho?; ¿por dicha lo levantarás como langosta? Hermosura de su nariz, espanto. La tierra cava con el pie; arremete con brío; saldrá a los armados al encuentro. Desprecia el temor, y no se espanta, ni se retrae de la espada. Sobre él sonará el carcaj; hierro de lanza y escudo. Hervoroso y furibundo sobre la tierra, y no hace caso más que a la voz de la bocina. Cuando oye la trompa, dice: ¡ah, ah!; y de lejos huele la batalla, el ruido de los capitanes y el estruendo de los soldados"» (13).

Y en todos los géneros literarios, las metáforas más luminosas, las comparaciones más vivas; y de lo uno y lo otro, a centenares y millares. «Los ríos aplaudirán con las manos; juntamente los montes brincarán de gozo en presencia del Señor» (14). Y en otro lugar: «Entonces saltarán de contento todos los árboles de los bosques para recibir al Señor» (15). Y así, a la continua. Y en cuanto a comparaciones, v. gr.: «Al modo que una faja se ciñe y se aprieta a la cintura de un hombre, así Yo había unido estrechamente conmigo, dice el Señor, a toda la Casa de Israel y a toda la Casa de Judá, para que fuesen el pueblo mío, y para ser Yo allí conocido, alabado y glorificado» (16).

Toda la Biblia es también un maravilloso contraste o vigorosa antítesis entre el amor de Dios a los hombres, de cuya revelación hablan todas sus páginas en ambos Testamentos, y el desamor, ingratitud y mal comportamiento de los hombres para con Dios, que alientan asimismo por doquier en la Biblia; y que son las sombras oscuras en cuyo contraste resplandece más vivamente la clarísima luz del amor de Dios, sobre todo por Cristo y en Cristo. Y por parecida manera el contraste entre la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre, y cómo esa inmensa distancia la salva el amor de Dios: «Mira, Israel (dice Moisés al Pueblo escogido), mira y piensa que el cielo y la tierra son del Señor; y aunque distan inmensamente, sin embargo el Señor se inclinó a tratar

(13) Exp.; del Libro de Job; BAC, Obras de Fr. L. de León, pág. 1286, y 1292.

(14) Fs. 97.

(15) Fs. 95.

(12) «Provid.», BAC, v. 135, pág. 207.

familiarmente con tus padres; hizo alianza con ellos, y los amó» (17). Otro pasaje de vivísimo contraste: «El mundo todo es delante de Ti, Señor, como un grano de polvo en la balanza, y como una gota de rocío, que por la mañana desciende sobre la tierra. Pero Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes;

y disimulas los pecados de los hombres, a fin de que hagan penitencia; porque Tú amas cuanto tiene ser, y nada aborreces de cuanto has hecho; ...porque tuyas son todas las cosas, oh Señor, amador de las almas» (18).

Todo esto, breves y pocos ejemplos, tomados casi al azar.

### III. Excelsitud de la poesía bíblica

Nadie la ha expuesto y ensalzado como Fr. Luis de León, en su inmortal obra «De los Nombres de Cristo», al explicar el nombre «Monte». Dice así, dando al mismo tiempo el concepto más alto y la definición más maravillosa de toda legítima poesía: «Sin duda la poesía la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarnos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino; y así, en los Profetas casi todos, así los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo Espíritu que los despertaba y levantaba a ver lo que los otros hombres no veían, también les ordenaba y componía y como metrificaba en la boca las palabras, con número y consonancia debida, para que hablasen por más subida manera que las otras gentes hablaban, y para que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fuesen conformes» (19).

Quien desee ver la realidad magnífica de estas incomparables palabras, abra los Libros santos, y en ellos verá su plena verificación.

El «Cantar de los cantares» se llama así porque en realidad es el Cantar por excelencia, que se encumbra sobre todos los demás, cuanto se levantan los amores de Dios sobre los de los hombres; pues es una inimitable

poesía dramática, en la que el mismo Espíritu Santo quiso revelarnos su divino Amor a la nación de Israel, por ella a la Santa Iglesia de Cristo, y aun a cada una de las almas que están en gracia de Dios. Lo comentó el mismo Fr. Luis de León brillantísimamente (20).

Hay también en la Biblia otros Cánticos de hermosura inmarcesible, como el primero y el segundo de Moisés; o sea el himno de acción de gracias por la liberación del cautiverio de Egipto y paso del mar Rojo a pie enjuto; y el de despedida, antes de morir el gran Legislador. Comienza así aquél: «Cantaré al Señor porque es excelso, excelso; al caballo y al carro precipitó en el mar. El Señor es mi vigor y mi fortaleza, y se ha constituido en mi salvador...» (21). Y con entonación aún más sublime el segundo: «Escuchad, cielos, y hablaré. Oiga la tierra la palabra de mi boca. Descienda como la lluvia mi doctrina; destile como el rocío mi discurso; como la llovizna sobre la hierba, y como la lluvia sobre el césped. Pues voy a celebrar el nombre del Señor; ¡rendid gloria a nuestro Dios!...» (22)

Y si quisiésemos comentar los Cánticos del Nuevo Testamento, sobre todo el «Benedictus» y el «Magnificat», habríamos de tener el espíritu del iluminado padre del Bautista, ante la alborada de la Redención; y el alienato virginal de María, a la que el Señor, junto con otras inmensas grandezas, le concedió la de ser la encantadora Poetisa de la gratitud y de la humildad.

### IV. La Biblia fuente de inspiración poética

Dejemos la palabra a quien nos lo dirá como nadie lo ha dicho; al egregio orador y apologista católico del siglo XIX, honra de nuestra Patria, Donoso Cortés: ...«Hay un Libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fue en tiempos pasados estrella del Oriente, a donde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia; el Libro por excelencia.

»En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vio Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, no hubiera Milton

sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y el triste hado del humano linaje.

»Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó a nuestro Fr. Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién

(16) Ier., 13, 11.

(17) Deut., 10, 14, 15.

(18) Sap., 11, 23-27.

(19) BAC, Fr. L. de León, pág. 474.

(20) Ibid., págs. 5 - 182.

(21) Ex., 15, 1 - 18.

(22) Deut., 32, 1 - 43.

puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano?, ¿quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

»¿Y qué mucho, señores, que las Literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia, quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fue, lo que es y lo que será. En su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página, el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó a los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación

de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar unas en pos de otras, a la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos. Las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes; y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola» (23).

Después de esto, ¿qué podemos añadir? Sí, una cosa, no mencionada por Donoso Cortés; y es que los «Autos Sacramentales», el género poético más típico de nuestra Literatura, el florón de ella, los dramas sacros que tienen por centro el Sacramento del Amor de Cristo, tienen toda su inspiración, por completo, en los Libros sagrados. En realidad hunden todas sus raíces en la Biblia; y de ella sacan la savia vital que da firmeza y gallardía a su tronco, magnificencia a sus ramas, hermosura sin par a sus flores, y sabor celeste a sus frutos. No queda espacio para exponerlo, ni siquiera en breve resumen. Quien desee verlo, tiene a mano una buena colección de ellos en el volumen de la BAC titulado «Piezas maestras del Teatro Teológico Español; t. I, Autos Sacramentales».

ROBERTO CAYUELA, S. I.

(23) BAC, Obras completas de Donoso Cortés, t. I, págs. 159-161.

(Hay el sello del Arzobispado)

ARZOBISPADO DE BARCELONA

*La Obra de Ejercicios Parroquiales de Barcelona ha publicado "Teología de los Nueve Primeros Viernes de Mes", del reverendo don José Ricart Torrens. Tal libro, que ha obtenido gran éxito de venta, ha merecido la más cálida aprobación de nuestro señor arzobispo, se sirve en las oficinas de la Obra de Ejercicios (calle Durán y Bas, 9).*

*He aquí el texto de la carta de nuestro venerado señor arzobispo:*

Barcelona, 30 de julio de 1965

Rdo. D. José Ricart Torrens, pbro.

Barcelona

**Muy apreciado en Cristo Jesús:**

Hace tiempo tengo sobre mi mesa tu libro «Teología de los nueve primeros viernes de mes». He tardado en contestar, acusando recibo, porque quería hojearlo bien, ya que por estar escrito por un sacerdote mío y por lo sugestivo del título de tanta actualidad en nuestros días, me interesó especialmente.

No puedo menos de alabar tu trabajo. Estás bien documentado y sabes aportar, a veces con gran habilidad, textos y argumentos en favor de tan noble tesis.

Que el Sagrado Corazón de Jesús recompense tu tarea escrita con mucho amor a El y a las almas, y que tu libro aliente a muchos que sienten desfallecimiento ante el empuje de inconsistentes corrientes modernas, y ojalá haga abrir los ojos a otros que se han sentido envueltos en el torbellino de las novedades y en la desatención a los valores tradicionales, y no por ello menos actuales, de la vida de la Iglesia.

Te felicita y bendice cordialmente, afmo. en Cristo Jesús,

*Gregorio Modrego, arzobispo*

## Nacimiento y desenvolvimiento del Sionismo su actuación en la I Guerra Mundial

XII



### NACIMIENTO DEL SIONISMO

En el momento de la I Gran Guerra mundial, que resultó trascendental para el Pueblo Judío, menester es, sin embargo, volver un poco atrás completando la historia que acabamos de hacer, sobre todo en el Artículo X, y refiriéndonos a la aparición de este profundo y grande fenómeno histórico que conocemos por Sionismo, y cuyo definitivo carácter no analizaremos sino al llegar al fin de nuestros trabajos.

La vuelta a su vieja Patria, a la tierra de promisión, había quedado latente en el pueblo israelita disperso, verdadero milagro, con pervivencia de casi veinte siglos. Fenómeno —como analizaremos en su día— a la vez profundamente religioso y anti-religioso (siempre el judío ha de ser la perfecta, íntima y misteriosa contradicción), fenómeno a la vez místico y ateo, idealista y materialista, va tomando pie a medida que este pueblo disperso y perseguido vuelve a refundirse. Contentémonos con decir ahora, antes de pasar a profundizar en su análisis, que el actual Sionismo es un fenómeno mesiánico-patriótico, en el que el pueblo eternamente «de dura cerviz» quiere sustituir al verdadero Mesías con el ideal patriótico de hacerse él, el Pueblo elegido, el Mesías de la tierra, y volver así al viejo solar de los Padres.

Sin olvidar el intento de que dimos cuenta, en el siglo XVII, de la tentativa abortada de reestablecimiento autónomo de los judíos en Palestina bajo la protección del musulmán Duque de Naxos, favorito del Gran Turco, mientras en Tiberiades, lugar en efecto predestinado, existía desde entonces uno como tímido ensayo de comunidad judaica que procuraba estar en contacto con todo el mundo judío renaciente, vemos que, efectivamente, va floreciendo doquier la vieja ilusión. Aparecen escritores, pensadores, poetas judíos que llaman a la conciencia de sus compatriotas tras el ideal de la restauración de Sión. El rico e influyente anglo-judío Moisés Montefiore, el no menos magnate americano Judas Touro, y hasta algún cristiano protestante entusiasta como Lawrence Oliphant, abrieron camino y ambiente para que se fundase la «Alliance Israélite Universelle», la cual, aparte sus sueños universales, con sentido práctico comenzó por recaudar fondos y poder establecer institutos agrícolas judíos en Jaffa: todo esto en pleno siglo XIX, y bajo la dominación turca aún. Muchos intelectuales judíos, con este motivo, como Moisés Hess (autor de un libro muy conocido en su tiempo, «Roma y Jerusalén»), Jorge Eliot's (éste no judío de raza) en su novela «Daniel Deronda», León Pinsker en su folleto «Autoemancipación» (1888), aportaron su pensamiento literario. Al

mismo tiempo, y aun en el Este de Europa, en plena persecución, aparecían las sociedades «Hovevei Zion» (Amantes de Sión) que, protegidas por los potentados israelitas, establecieron nuevas colonias en la plana costera palestina: allí brilla por su munificencia el apoyo del famoso Barón Edmundo de Rothschild. Y, llegando ya a hechos más positivos, diremos que al iniciarse el siglo XX actual figuran ya dos instituciones muy fuertes, económico-bancarias, con base principal en Londres y en París que finanzan y protegen toda clase de ensayos de colonización y explotaciones en Palestina, logrando la benevolencia del imperio Turco (en plena decadencia ya): el «Jewish Colonial Trust» y el «Jewish National Fund». Data de entonces la fundación, primero tímida, de la futura capital actual de Israel, de Tel-Aviv (Flor de Primavera), en las dunas cercanas a Jaffa.

### TEODORO HERZL

Entonces, hacia el fin del pasado siglo, es cuando brota la personalidad, sin duda la más fuerte, del Sionismo, tanto que, en cierto modo, puede llamársele su auténtico precursor. Nos referimos a Teodoro Herzl (1860-1904).

Este periodista hebreo, hablando en París hacia 1894 en ocasión del Proceso Dreyfus, o sea en un momento de gran lucha y pasión entre los pro y los anti-semitas, se sintió inspirado y, con una pasión y un dinamismo sin igual, venciendo toda clase de dificultades, publicó en 1896 su famosa obra «Judenstaat» que tuvo resonancia universal. Con él quedaba, ante la opinión pública, lanzado el Sionismo propiamente dicho, y expuesto con toda su ambición. Ya no era el hasta entonces tímido movimiento reducido a la protección y fomento de los compatriotas judíos colonizando, un tanto de fortuna, la lejana Palestina, aún turca.

No hay duda que Herzl era una personalidad magnética. Pronto reunió un considerable número de adeptos y de fervientes. Y no siempre fue comprendido por sus propios compatriotas, sobre todo los judíos acaudalados, a quienes pedía contribución y sacrificio. Incluso en las sinagogas halló oposición, pues adivinaban su espíritu contradictorio: incrédulo o casi, y que confundía a Israel con el Mesías. Poco a poco fue logrando la adhesión de los mejores intelectuales judíos, culminando la famosa de Max Nordau (1849-1923) y del novelista Israel Zangwill (1864-1926).

El primer triunfo de Herzl fue la consecución del I Congreso sionista de Basilea, en 1897. Apoyado por el mismo, visitó a todos los grandes de Europa, incluso al Papa y al Emperador Guillermo. Llegó hasta el Sultán, en 1902, a quien pidió una Carta de autonomía para Palestina. El Gobierno británico llegó a ofrecerle, con tal carácter político, un pedazo de tierra bajo la Península del Sinaí; luego se le ocurrió brindarle un territorio en

Uganda. Huelga decir que en ningún caso acepto Herzl, para quien no había otro objetivo que el de volver a la tierra de sus padres. Con todo esto, y aprovechando hábilmente todas las circunstancias políticas que aparecían (por ejemplo, las atrocidades de los turcos en Armenia), fue adquiriendo la idea carta de naturaleza en todas partes.

En 1904, destrozado físicamente por su sobrehumana labor, falleció Herzl, pero la semilla estaba echada.

Y así, cuando llegó la gran Guerra del 14, vemos a Tel-Aviv ya fundada, con instituciones culturales (casi universidades) a la vera de las explotaciones agrícolas, con un renacimiento intelectual (comenzando por la Lengua) de cuanto llevaba el nombre de judío. Si bien, como es natural, aún bajo el yugo del viejo imperio, ya moribundo, otomano.

## LA I GUERRA MUNDIAL

Y llegamos a 1914. Se abría el momento crucial para Israel.

Esta gran Guerra dividió las Organizaciones sionistas, naturalmente, en dos campos. Si bien por un lado, por sus ideales digamos democráticos, el pueblo (y sobre todo los financieros, que eran quienes más contaban) se inclinaban hacia los Aliados, el hecho de que entre éstos se hallase Rusia, a la sazón la máxima opresora del pueblo judío (que en su mayoría material, como sabemos, vivía en Polonia, Ucrania y otras dependencias del Zar), contrarrestaba la balanza. Gran influencia tuvo, en decantarla hacia los aliados, la del equipo anglo-judío Caim Weizmann —que luego había de ser figura contemporánea tan descollante— que puso sus organizaciones científicas al servicio de los ejércitos franco-ingleses. La entrada de Norteamérica al lado de los Aliados, fue definitiva.

De otro lado, Turquía habíase alineado al lado de los Imperios centrales. Deseosos los Aliados de aprovechar esta circunstancia para atraerse el favor de los poderosos financieros judíos a quienes necesitaban, proclamaron, en 2 de noviembre de 1917 la famosa Declaración del Secretario de Negocios extranjeros británico Arthur James Balfour, muy apresurada y poco meditada, y en la cual, sin comprometerse demasiado, aseguraba que el Gobierno británico vería con buenos ojos, para después de la Guerra, el establecimiento de uno como Hogar nacional judío en Palestina. Toda la declaración es vaga y casi sibilina, pero ella fue suficiente, y aprovechada con enorme sentido político por el pueblo hebreo.

Comenzando a demostrar el indiscutible heroísmo de que luego su juventud ha hecho gala, comenzaron a presentarse voluntarios judíos en el campo aliado. Los ejércitos de Allenby, reforzados con esta aportación, comenzaron su ofensiva contra Turquía (aun en los momentos críticos en que los alemanes, dando potente zarpazo de león moribundo, volvían a amenazar París en sus últimas ofensivas de Francia). Poco tiempo después entraban en Gaza, y seis semanas más tarde, hacia fines de 1917, por primera vez después de cerca mil años, cesaba de ondear la Media Luna en Jerusalén.

Apenas un año más tarde, acababa la I Gran Guerra. Desaparecía el Imperio ruso, que había sido el gran opresor de Israel; y, sobre todo, el Turco, que había sido el ocupante de la Tierra prometida. El camino se abría: esto no obstante, aún debía ser muy costoso y sangriento hasta su fin.

## EL MANDATO BRITANICO

Inglaterra había sido muy generosa en prometer cuando tenía el agua al cuello. Ahora, acabada la guerra, la

cosa era muy distinta, tanto más cuanto que, si Siria era concedida a Francia (como despojo del antiguo poder otomano), se reservaba Palestina, unida con el Irak, centro a la vez y vía vital principal de Occidente a Oriente, bajo la forma de Mandato que, a la vez, controlaba Suez y el camino de la India. Todo cuanto pudieron conseguir los judíos fue la concesión de una «Agencia judía para Palestina», la cual representaba, no sólo a los hebreos establecidos allá, sino a todo el Israel disperso, ante las autoridades británico-mandatorias.

Era, sin embargo, algo ya, y que fue inmediata e intensamente aprovechado. Así, por primera vez después de la caída de Jerusalén, volvía a existir una conexión política entre Israel y su Casa paterna, oficialmente reconocida. El hebreo era lengua co-oficial, y un eminente anglo-judío, Sir Herbert Samuel, fue su primer Alto comisario (aun cuando se mostró siempre mucho más inglés que judío). De todas formas, apareció como símbolo el que un hebreo gobernase la Tierra de Abraham.

Esto no obstante, como ya era de prever, comenzaron las luchas. La población árabe, que constituía aún la mayoría en Palestina —sin olvidar todos los países circundantes— comenzó, con su conocido fanatismo, a reaccionar vivamente contra la neo-inmigración israelita. A raíz de la Conferencia de San Remo, en 1920, o sea cuando se promulgó el «Mandato» británico, se produjo el primer motín anti-hebreo, y en Jerusalén precisamente, y comenzó una larga historia de disturbios y peleas.

Muy dura fue la lucha. Pero lenta, y tenazmente, siguió el retorno, la neo-inmigración israelita. Tel-Aviv fue creciendo; las explotaciones agrícolas tomando gran actividad, en rudo contraste con el clásico retraso, con la indolencia característica de los árabes. En el Norte, en el Valle de Jezreel, principalmente, floreció la colonización hebrea, engrosada por verdaderas cuadrillas y aun batallones de trabajadores judíos contratados en todo el mundo. Los más modernos métodos agrícolas fueron empleados; se abrieron riegos, caminos, toda la civilización, en una palabra, luchando contra la pobreza del suelo árido. A la de Tel-Aviv, siguió la fundación de una gran Universidad en Jerusalén, con la mejor aportación de la élite intelectual judía de todo el orbe. La vida intelectual —mucho más que la religiosa, cosa notable— tomó un incremento enorme.

## LA TEMPESTAD PRECURSORA DE LA II GUERRA MUNDIAL

Grandes nubarrones iban de nuevo a cernirse sobre Israel; en definitiva, los mismos que habían de desatar la II Gran Guerra. Siempre Israel ha sido, un poco, el resumen del mundo. Siempre predestinado, parece ser como si las grandes fuerzas, las grandes corrientes mundiales, hubiesen de converger de alguna manera, y tropezar con el pequeño pueblo disperso, insignificante en número, grávido en significación.

La antigua gran Rusia no era una excepción. La eterna contradicción de siempre. Con toda razón, se ha atribuido a la influencia judía, y de la Judeo-masonería, una parte importantísima en la Revolución rusa, y en la implantación del Comunismo en esta gran parte del mundo. Es ello gran verdad: gran número de los iniciadores de la Revolución, como Trotzki, eran judíos, y en su afán de venganza contra los Zares, y destrucción de la religión cristiana (como al fin y al cabo lo es la Ortodoxa), la gran conjuración revolucionaria comunista tuvo, sin duda, enormes raíces judías. Mas, el comunismo instaurado, como ya era de prever, volvió en Rusia a sentirse el espíritu patriótico con todos sus habituales excesos. El viejo odio del mujik hacia el judío reverdecía,

y vióse al Soviet supremo, si no perseguir abiertamente a los judíos, por lo menos hacerlo en forma solapada.

La colaboración judía a la Revolución atrajo, como es natural, un recrecimiento de sentimiento antijudío en todo el mundo que podríamos llamar «de derechas» en todos los países. Como reacción a los excesos más que democráticos, demagógicos, de Versalles, con todos los errores de aquella paz tan desdichada, acusóse, y no sin razón, a los judíos de todo mal antisocial. Por esto, y no sin explicable paradoja, se les acusaba tanto de fomentar al gran Capitalismo, como a la Revolución, mancomunando ambas cosas. Y no siempre desacertadamente, si bien en algún caso con exageración evidente. Desde las derechas francesas, siguiendo vieja tradición, hasta el Ku Klux Klan en América, una nueva ola de antisemitismo, y no del todo infundado ni mucho menos, se registró.

Más violento debía ser el nuevo fenómeno que aparecía. En contraposición —al principio heroica— contra el Comunismo, surgía en Italia el Fascismo. Movimiento este, pese a sus grandes defectos, muy bien llevado en su primera época, se había limitado a atar corto a los revolucionarios, dentro de un sentido prudente y humano. Pero este Movimiento iba a inspirar otro, de enorme mayor alcance y energías. Fue este el Nacional Socialismo, al principio calcado de aquél. Un loco, Hitler, iba a imitar a Mussolini, para arrollarlo y superarlo poco después. El Nacional Socialismo, fenómeno tremendo y brutal, iba a repetir la hazaña —que hubiera sido heroica de no haber sido paranoica— de Alemania, que casi sola había desafiado medio mundo en 1914, y ahora prácticamente sola (únicamente apoyada por el lejano Japón), iba a tener en jaque al mundo entero. Una ola tan grande, un choque —quizá el mayor de la historia de la Humanidad hasta ahora— como éste, cosa misteriosa, no sólo se había de fijar en los judíos, sino que, aún más, parecía haber nacido del odio germánico contra el pueblo de Israel. Este odio dio nacimiento al espantoso movimiento nazi: él había inspirado el Mein Kampf de Hitler. Parecía que el paroxismo de orgullo, de rabia contra todo lo existente de éste, había nacido, precisamente, de su feroz ira contra los judíos.

En 1933 Adolfo Hitler se hizo Canciller del Imperio y, poco más tarde, como Führer, se entronizó en dueño del Estado alemán.

Inútil extenderse aquí refiriéndonos a la persecución organizada contra los judíos en la Alemania nazi. Ella está en la memoria de todos. Por su brutalidad y por su envergadura, puede afirmarse que ha sido la mayor persecución sufrida por el pueblo hebreo en toda su historia.

Pero las consecuencias nacionales de tal persecución fueron definitivas. Ellas dieron al disperso pueblo el sentido nacional —como elemental medio de defensa— que aún podía faltarle. En su ceguera, el Partido nacional-socialista, en vísperas de la guerra que iba a provocar, motivaba la expulsión en masa de los mejores intelectuales y científicos, con Einstein a la cabeza.

No todos emigraron a América. Gran número, incluso militares, cuyo origen semita les hacía a vida imposible, se trasladaban a Palestina, a la antigua tierra de promisión, y allí iban organizando toda su vida, incluso el futuro próximo Estado, y quizá, asimismo, su futuro y eficiente pequeño ejército.

Con dificultades sin cuento. Los recién llegados, huidos del terror nazi, se veían mal recibidos por los ingleses, desdeñosos mandatarios, para los que —con la clásica miopía británica que al fin ha sido castigada con la pérdida de un Imperio que fue mucho más la suerte que la inteligencia la que les hizo ganar— Palestina no era un fin en sí misma —y qué fin!— sino, sencillamente, la llave de Suez y del camino de la India (que después de sus victorias pírricas debían escapárseles de sus inhábiles manos). Abandonados por los ingleses, sufriendo los ataques de las hordas árabes, sus luchas han sido a menudo noveladas: ved ahí, por ejemplo, a Pierre Benoit en su «Puits de Jacob», canto al indiscutiblemente romántico empeño de la restauración de un Israel incierto y más bien obrando fatalmente a un providencial destino que a un consciente designio propio.

Y así se llegó a la II Gran Guerra mundial. En 1939, en Palestina habitaban ya, en un nivel de vida europeo, más de 300.000 hebreos. Tel-Aviv solamente, 125.000. Aún no era Israel, pero, por primera vez, y ante el interrogante de la tremenda guerra que se fraguaba, ya existía, por lo menos, una Palestina judía. La suerte estaba echada.

LUIS CREUS VIDAL

## S U M A R I O

La salvación viene de los judíos, Francisco Canals Vidal.

La religión judía (frag. de la Declaración conciliar NOSTRA AETATE).

San Pablo, profeta, Fraxinius Excelsior.

Hatikvah: La esperanza de Israel, José M.<sup>a</sup> Mundet Gifré.

Jesucristo Rey de los judíos.

Padre nuestro.

Magnificat.

La Sagrada Biblia arca de bellezas literarias, Roberto Cayuela, S. I.

Nacimiento y desenvolvimiento del sionismo; su actuación en la I guerra mundial XII, Luis Creus Vidal.

La Santa Sede publica los documentos secretos sobre Pío XII, P. Muñoz Iranzo, Pbro.

# La Santa Sede publica sus documentos secretos sobre Pío XII

Al hojear «L'Osservatore Romano» del 8 de diciembre, enmarcado por cierto por los colores pontificios, nuestra sorpresa y alegría fue grande al caer sobre la página 9 intitulada del siguiente modo:

Documentos de la Santa Sede en la II Guerra mundial.  
PIO XII POR LA PAZ.

El primer volumen relativo al período marzo 1939-agosto 1940.

A Dios gracias, la Santa Sede se ha decidido a la publicación de estos documentos, que, de conjunto con la inducción del proceso de beatificación de Pío XII, acabarán de una vez con la lamentable campaña de difamación, alimentada por libros pseudohistóricos que ahora pierden todo motivo de credibilidad.

Estas publicaciones (x) documentarán la acción de Pío XII durante la II Guerra mundial en tres sentidos:

1. Acción diplomática.
2. Acción de caridad y de socorro.
3. Contacto del Santo Padre con los obispos.

El primer volumen acaba de presentarse, de una parte, al Santo Padre Pablo VI, y de la otra, al Círculo de Roma, con una conferencia del R. P. A. Martini, S. I., uno de los compiladores de la obra. No podemos resistir al deseo de transcribir textualmente una escena vivida por Pío XII, tal como la describe el conferenciante. Todos los que tenían uso de razón durante la II Guerra mundial se acordarán de la famosa declaración de Pío XII al embajador italiano Alfieri, destinado a Alemania, de que no tenía miedo de ir a un campo de concentración. Era la contestación a los reproches del Gobierno italiano por los telegramas dirigidos personalmente por Pío XII a los soberanos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, en cuando la invasión de sus países respectivos por las fuerzas alemanas. Lo que ignorábamos hasta la fecha era la conversación completa que reproducimos a continuación:

«El embajador ha dejado entrever el estado de gran tensión y nerviosismo que reina en los ambientes fascistas, y ni siquiera ha excluido que podría ocurrir algo grave. Oyendo lo cual, el Padre Santo se ha mostrado muy tranquilo y sereno, observando que no le daba nin-

gún miedo acabar, si se terciaba, en un campo de concentración o en manos enemigas. "No hemos tenido miedo, añadía, de los revólveres que nos apuntaban una primera vez (en Munich), lo tendremos mucho menos una segunda". El Papa, en ciertas circunstancias, no puede callar. Los Gobiernos ponen en primer lugar la consideración política y militar, como mostraban los periódicos italianos de aquellos días, dejando de lado adrede la consideración de la moral y del derecho; para el Papa, en cambio, esta consideración es primordial y no la puede descuidar de ningún modo. Su Santidad decía a este propósito haber tenido ocasión últimamente de leer las cartas de Santa Catalina, la cual, escribiendo al Papa, le advierte que Dios lo someterá al juicio más riguroso, si no reacciona contra el mal o no cumple lo que cree su deber. ¿Cómo podía en el caso presente el Papa hacerse culpable de una omisión tan grave como la de asistir indiferente a hechos de tanta importancia, cuando todo el mundo espera una palabra suya? ¿No pretenderá el Gobierno italiano que el Papa esté silencioso porque así le place al Gobierno; dónde estaría la libertad del Papa? Y ¿por qué tomar a mal sus palabras, cuando todos saben lo justificadas que están? El Gobierno italiano sabía que Alemania tenía la intención de invadir estos países; sí, lo sabía desde enero; y ¿puede quejarse de que el Papa dirija a soberanos, que tienen relaciones óptimas con la Santa Sede, una palabra de consuelo y de aliento? "Tenga en cuenta, añadía, que todos estaremos sujetos al juicio de Dios, y los éxitos terrenos no servirán para sustraernos a este tremendo juicio»...

Estas palabras, ya en sí gravísimas y conmovedoras, lo son todavía más porque no son transmitidas por una nota de otro futuro Pontífice, el entonces sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor J. B. Montini. El Papa Pablo VI también lee a Santa Catalina de Siena, como lo ha dejado vislumbrar en algunas audiencias generales, durante las cuales ha explicado más de una vez el enorme peso que representan las «llaves». La profundidad, con la cual nos explica, mediante palabras y actos, el dogma de la «Roca, sobre la cual está construida la Iglesia» le vale, desde ahora, el título de «Papa del Primado». Que lo sea durante muchos años, se lo deseamos de todo corazón desde estas líneas.

P. MUÑOZ IRANZO, Pbro.

(\*) «Le Saint Siège et la guerre en Europe. Mars 1930-Août 1940.» Actes et Documents relatifs à la II Guerre Mondiale, Librairie Editrice Vaticana.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas año  
» de amistad de 200 a 1000 Ptas.  
» de protección a partir de 1000 »  
Número suelto . . . . . 20 »

## CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.